

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Mes.....	1
Trimestre.....	3,50
Semestre.....	6
Año.....	10

PROVINCIALES

Tres meses.....	8
Seis.....	15,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar...	3 pesos

CORRESPONSALES

25 números de El Motín.	2,50
Idem del Suplemento....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

30 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTRO DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ADVERTENCIA

Este número se venderá á TREINTA CÉNTIMOS de peseta.

LA CARICATURA

Es un manojo de flores, copiadas del natural, para encanto de los ojos y aguijón de la piedad. Muestra de las que se crían en el pensil clerical, embalsamando el ambiente con su olor de santidad. Subidos son sus colores, como se puede notar; aunque entre todos, el verde es el que domina más. No ostentan suaves matices, y en vano se buscará del pudor el sonrosado ó el blanco del azahar; pero en cambio abunda mucho, y alegre aspecto les da, el amarillo del oro y el rojo del mostagán. Son unas flores extrañas que producen sin cesar en la mugre de sus pliegues, la sotana y el sayal. Ya es la flor de la pureza que se abre como en Corbán, lanzando efluvios que obligan á los chicos á escapar. Ya la de la mansedumbre, ya la de la caridad, en figura de presbíteros con trabuco y con puñal. Flores suministra el voto que llaman de castidad, en clérigos garañones, padres de todo un lugar. Flores da el cura que dice que es un pecado mortal la avaricia, y á su madre niega un pedazo de pan. Flores crecen y lozanas en el retiro claustral donde dinero y belleza hace el secuestro ingresar. Flores hay de sacristía y de púlpito las hay, que el viento de los rebuznos acaricia sin cesar. Flores da el cura devoto, flores da el cura barbián, de hipocresía ó descaro y siempre de necesidad. Flores da la santurróna que á Dios pretende engañar

vendíendole lo que el mundo por viejo desechó ya. Y la hija de María, y el monaguillo rapaz, este sobrino del cura y aquella prima carnal, prestan á EL MOTÍN sus flores para que pueda formar el manojo que hoy presenta copiado del natural. Que carece de perfume acaso se me dirá. Mejor; olería á cura, y los curas huelen mal.

LAS ANIMAS DEL OSARIO

(TRADICIÓN)

Hoy Matorral Viejo tiene dos cafés, un casino alumbrado con petróleo las noches que hace luna, y otros lujos que avergonzarían á los matorralenses vejunos de 1830.

Aquellos eran buenas personas á carta cabal; confesaban y comulgaban por Pascua florida; oían misa cuando menos los días de precepto, y hasta ahoraban veinticinco cuartos y medio para comprar la bula de la Santa Cruzada.

Tiempos y gentes que pasaron como pasa un día de ánimas para un cura codicioso; esto es, volando los minutos con más velocidad que las coquetas, andando más ligeras las manecillas del reloj que las manos de los devotos donantes.

No á humo de pajas he presentado el símil de un cura en día de ánimas; pues de uno y otras pienso tratar en el siguiente relato.

Erase uno de los días de Semana Santa (el viernes por más señas), y en aquel como en el anterior, en que se conmemoraban los misterios de la pasión y muerte de Jesús, el alcalde de Matorral Viejo ordenaba la clausura de las dos únicas tabernas del pueblo, la del corral donde trabajaban los comediantes y la de todo sitio de recreo que no fuese la iglesia.

Ocurrióseles á unos mozos del pueblo jugar un tute, y no hallando sitio en que pudieran hacerlo sin exponerse á ir á la cárcel, alguno apuntó la idea de armar la partida en el osario, ó almacén de huesos, del pequeño cementerio adjunto á la iglesia y casa parroquial.

Aprobóse por mayoría la idea, y, escalando las bajas tapias de la mansión de los muertos, se colaron los jóvenes en el osario.

Aquella tarde el cura tenía que predicar el sermón de las siete palabras, y el sacristán y sepulturero que estar al quite de sus sedientos apuros. ¿Quién podría ir á perturbar su distracción en tan solitario asilo?

La capa de uno de los jugadores sirvió de tapete para la improvisada fiesta; mas ¡ay! que, juego tras juego, se les pasó la tarde sin perca-

tarse de que, acabado el sermón, el sacristán iría como de costumbre á recoger los cuartos que en un cepillo puesto al pie de una calavera depositaban los fieles todas las mañanas al salir de misa.

Así ocurrió, efectivamente, y en tanto trasegaba las piezas de dos cuartos y los ochavos á su bolsillo, el ayudante del párroco notó en el osario cierto ruido y voces impropias de un lugar donde sólo había huesos de difuntos.

No era de los más despavilados el sacristán, pues él, como su señor, pertenecía á aquella casta, ya extinguida, de gentes de Iglesia que tenían algo de fe; así es que lo primero que se le ocurrió fué que los espíritus que habían alentado y movido aquellas osamentas volvían á tomar posesión de ellas.

—¡Aquí están las cuarenta!—gritó uno de los jugadores.

—¡Cielos!—exclamó el sacristán para su sotana.—¡Cuarenta ánimas benditas! Esto merece que se lo diga á D. Ruperto. El, que tiene el libro de San Cipriano y entiende de eso de conjurar aparecidos... Allá voy, aunque le interrumpa en sus distracciones con doña Mariquita.

En tanto que el asustadizo rapavelas corría á notificar su sorpresa al cura, los jugadores, á quienes iba faltando la luz del día y que además sentían sed, comisionaron á uno de los dos excedentes de la partida para que fuese á comprar una vela y algún vino.

Para lo primero no había dificultad alguna, mas sí para lo segundo, pues, cerradas las tabernas por orden del alcalde, sólo por un favor especial y á gran costa podía obtenerse el simpático líquido.

Esperaban al mensajero con la mayor ansiedad, cuando aparecieron en el patio fúnebre D. Ruperto y su *adlátere*, revestidos de todas las hopalandas necesarias para tratarse con gentes del otro mundo.

—Pero ¿estás seguro, Damián?—preguntaba el párroco á su acompañante.—¿No te habrás equivocado al suponer que?...

—Puedo jurárselo á usted, señor cura: yo mismo, con estas propias orejas que han de comer la tierra, he oído hablar á las ánimas. Cuarenta y pico son, si no estoy equivocado.

—El caso es serio, Damián amigo.

—Y tan serio, señor cura.

—Parémonos un poco junto á este ciprés, que quiero hacerte una confidencia. La verdad es... que me tiritan las carnes ante la idea de habérmelas con las benditas ánimas. ¡Tantos cuartos les he sisado! ¡Tanto aceite tengo en la tinaja de cocina que debiera haber ardido en su lámpara! ¡Tantas misas he robrado á nombre suyo y que aun están sin celebrar! En fin, sea lo que Dios quisiere; mas permíteme una súplica.

—Usted dirá, señor.



—Como sabes, la escalera que da acceso al osario es para mí de difícil subida. Tú eres robusto y ágil. Si hicieras el favor de subirme en tus hombros...

—¿Y por qué no? Con mucho gusto.

Y trepó el cura sobre los lomos de su ayudante; y cuando éste, oprimido por tan sagrada carga, llegaba al último peldaño de la rústica escalera hecha con troncos de árboles, los jugadores, que ya se impacientaban por la tardanza del compañero que había ido á compras, llenáronse de regocijo al sentir el ruido, y todos á una voz gritaron:

—¿Lo traes? ¿Lo traes ya?

No fué preciso más para que el amedranta-do presbítero enarbolase el hisopo, y descargándole con furia sobre la cabeza de su bípoda cabalgadura, se la machacase diciendo:

—¡Pillo, bribón! ¿Has conspirado con las ánimas para llevarme al purgatorio?

Y sucedió que el porrazo descargado sobre la cabeza de su ayudante se repercutió por carambola en la suya, pues el *sacris* soltó á su aporreador, y éste cayó de lo alto de la escalera, yendo á dar con su tonsurada cabeza en uno de los guijarros desparramados sin orden ni concierto por el patio del cementerio.

Más leve que la suya la herida del sacristán, permitiéndole llegar, aunque desangrándose á borbotones, hasta la casa parroquial, y allí, al par que encontró auxilio, avisó para que fuesen á prestárselo al párroco.

Trasportado éste á su lecho, diz que exclamaba en el delirio de la fiebre:

—¡Ánimas benditas del purgatorio! Me reconozco el más vil de los pecadores. He detentado vuestros intereses... pero por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, dejadme con vida, y os prometo celebrar el primer domingo de cada mes una misa en obsequio vuestro y sin cobrar un ochavo de estipendio.

Y en efecto, aún continúa esta tradición, que se viene transmitiendo de cura en cura, con la mayor reserva, pero que se cumple con esmerosa summa.

Sios acercaseis al actual párroco y le preguntaseis el motivo de esta misa, no os diría que obedece á una oferta hecha por un cura sison, como él, de los intereses de las almas del otro mundo. Sólo os indicaría la tablilla de un altar en la que se lee lo siguiente:

«En este altar se celebrará gratis y á perpetuidad una misa por los señores párrocos, según expreso deseo de cuarenta ánimas benditas manifestado al señor párroco D. F. de T. en el año de gracia de 1830 en el osario del cementerio.»

Es de advertir que los párrocos sucesores de aquél han añadido esto:

«El que esta misa sea gratuita, no impide que los devotos depositen las limosnas que tengan por conveniente para la pronta redención de las almas de su mayor estima.»

JOAQUÍN G. LOSADA.

LECTURAS

Les Rougon Macquart. — *Le rêve* por Emile Zola.

I

Hace muy pocos meses, inmediatamente después de la publicación de *La terre*, un periódico boulevardier, *Le Figaro*, se hizo eco de una noticia que causó cierta sensación en todos los círculos literarios de París, y que repercutió después en todo el mundo artístico, en las esferas todas que siguen atentamente el movimiento literario contemporáneo; alguien, no se quién, se acercó á las tapias de *Le Figaro*, y como si se hubiese tratado de *La Correspondencia de España*, fijó allí un pasquín en que se anunciaba que Zola, el ogro de la literatura, como el diablo de la leyenda, harto de carne, se iba á hacer fraile, es decir, que aspiraba á ingresar en la Academia, y que para hacer méritos y conseguir prosélitos que apoyasen su candidatura entre los inmortales, estaba escribiendo un libro, que venía á ser pública retractación de todas sus herejías literarias; que este libro se llamaría *Le rêve*, y que en él, aparte de los restantes arrepentimientos, Zola se

presentaba más sandio que Chateaubriand en sus mejores tiempos, y más enamorado de la bisutería retórica que Theophile Gautier. No faltó quien repitiera todo esto, corregido y aumentado con lindezas de su propia cosecha, en un periódico de mucha circulación aquí en España; y aunque en nuestro país estas cuestiones artísticas no tienen gran importancia, hay que confesar que aquí como en todas partes las noticias hicieron efecto, y que los que de tales asuntos nos preocupamos un poco, esperábamos impacientes la aparición del anunciado libro, para poder juzgar de la sinceridad de semejantes profecías.

Por último, la expectación ha concluido, y *Le rêve*, constituyendo el décimo sexto volumen de la serie titulada *Les Rougon Macquart*, se ha publicado ya. Ha terminado la época de la calumnia y ha comenzado la de la discusión.

Pido, pues, la palabra para defender á un ausente. Supongo que me la han concedido y comienzo:

—Señoras y señores:

Pretender juzgar, más aún, leer siquiera *Le rêve* aisladamente, prescindiendo de los libros que cronológicamente le preceden en la serie de *Les Rougon Macquart*, sin tener en cuenta los antecedentes lógicos de la misma serie, el plan en ella seguido y el propósito total del autor, es sencillamente un absurdo. Porque *Le rêve* no es una novela independiente, como *La confession de Claude* ó *Le capitaine Burle* del mismo autor; *Le rêve* es un gran capítulo de una gran novela, *Les Rougon Macquart*, y así es como hay que leerla y como hay que considerarla. Leer cualquiera de los volúmenes que componen esa serie aisladamente, ó aún más, sin seguir su orden cronológico con absoluto rigor, es exponerse á incurrir en grave error, si se pretende juzgar con posesión plena de datos y antecedentes la obra de Zola. Y digo esto, y en ello insisto muy especialmente, porque conozco gentes que hablan de Zola en un sentido, porque solo han leído *Nana*, *Pot-Boille* ó *L'Assommoir*; á otros que le juzgan en opuesta guisa, porque solo conocen *Une page d'amour*, *La faute de l'abbé Mouret* ó *L'œuvre*, y conocer de este modo incompleto á Zola, es conocerle de vista solamente.

Emilio Zola, en su gran obra, ha pretendido realizar un experimento lleno de enormes dificultades y con propósitos de gran trascendencia; ha instituido un análisis para obtener un resultado simbólico, y sin atterrarse ante la magnitud y la dificultad de tan colosal empeño, se ha sentado ante su mesa de trabajo y ha comenzado su labor, publicándola á medida que iba amontonando materiales suficientes para constituir resultados parciales, factores que al final habrían de dar la suma total.

Si se hubiera tratado de un problema de igual magnitud, pero de aplicación únicamente científica, Zola había procedido mal obrando de esta suerte, es decir, lanzando á la publicidad estos resultados parciales de su trabajo; mas se trata de un problema cuya aplicación puede ser social ó científica, pero cuyo carácter, al menos en su aspecto externo, es esencialmente artístico; y no sólo hay que aplaudirle por haberlo hecho así, sino que hay que saludarle por el valor que representa y significa la sumisión á la pública censura de sus trabajos conforme él los va realizando, sin temor de que al llegar al fin de su tarea se encuentre autor de una gran equivocación ó quizá de un absurdo.

Sentados estos precedentes y partiendo de ellos, voy á dar mi leal opinión acerca de lo que me parece *Le rêve*.

En primer término, voy á hacer constar que cada nuevo libro que de esta serie publica Zola, me produce al terminar su lectura una sensación de angustia y de tristeza muy grande, una impresión semejante á la que produce el espectáculo de esas grandes miserias que aquejan á la humanidad empujándola, una acusación de lástima mezclada con desprecio igual á la que se experimenta cada vez que se contempla desde lo alto las bajezas ó las infamias que

realiza á nuestro alrededor cualquiera de nuestros prójimos. Tristeza grande acomete cuando se lee la última página de *La terre* y se ve cómo se senta en las ruinas de la poesía el espectáculo ante el espectáculo extraño que el mundo ofrece de los verdugos del canjesino y las abnegadas de la bestia humana, apegada al terruño que la ha engendrado, que le sostiene y que luego le absorbe después de muerto. Melancolía profunda, suave y densa como una niebla, nos invade cuando cerramos las páginas de *L'œuvre*; y después de haber sentido el aleteo del genio en nuestras espaldas, invisible é incorpóreo, tenemos que descubrir nuestra cabeza calenturienta ante la sepultura de aquel pobre pintor, mientras que la voz de Sandoz nos hiere y nos empuja hacia adelante, camino del vacío, gritándonos como al hebreo de la leyenda: «¡Anda y trabaja!...» Tristeza, indefinible pesadumbre nos aqueja, cuando después de haber leído las últimas líneas de *Le rêve*, las repetimos inconscientemente diciéndonos á nosotros mismos: «... La visión salida de lo invisible volvía á lo invisible... No era sino una apariencia que se desvanecía después de haber creado una ilusión. Todo era sueño...»

Sí, apariencias, visiones fantásticas la felicidad absoluta, la tranquilidad del cielo, la virtud beatífica de las santas vírgenes, el ideal, el vuelo de los ángeles y la vida eterna desprovista de las terribles hecatombes de la existencia humana; si todo eso se piensa, si en esa atmósfera se vive y en todo ello se espera, todo eso será sueño, apariencia que se desvanece, aberración de un organismo contrahecho y enfermo, locura... sueño, en fin...

Sin alterar para nada ni por nada el plan y el procedimiento general de su obra; experimentando sobre un organismo, engendro vivo de aquellos otros ya descritos, Zola ha comenzado á escribir *Le rêve* estudiando un medio absolutamente nuevo y distinto de los ya analizados en sus anteriores libros; un medio que le hacía falta observar para ir completando paulatinamente su propósito previo. Para conseguirlo ha imaginado, en primer término, una colección de figuras extrañas á las que ordinariamente él presenta en sus otros libros: una joven histérica y rayana en la monomanía religiosa, padeciendo verdaderas alucinaciones, y con una debilidad mental tan enorme y un desequilibrio nervioso tan pronunciado, que el proceso entero de su vida sólo se repite en los conventos ó en los manicomios. Un matrimonio burgués de una igualdad de caracteres admirable, relleno de fe cristiana, y de tan limitado conocimiento de los achaques del mundo, que por su candoroso temperamento son absolutamente incapaces del bien y del mal; verdaderas figuras de un teatro de *marionnettes*, que se mueven, gesticulan y accionan merced á la voluntad de quien dirige su automatismo. Un aristócrata de pura sangre, católico, y tan digno sucesor de sus antepasados los que fueron á las cruzadas y los que se afiliaron á la liga de los Guisas, que, á pesar de la época en que vive y de los radiantes influjos del tiempo y de las costumbres, obra con arreglo al mote de su escudo y cree á pies juntillos en los milagros celestes y en la virtud terrena; tan lleno de pasiones al mismo tiempo y tan violento de carácter, que no perdona á su hijo el haber venido al mundo matando á quien le dió la vida; y, por último, para completar esta reunión de criaturas deformes y entecas, un joven, el hijo del aristócrata, que tiene todos los arrebatos del padre y toda la debilidad mental de los herederos de una antigua raza aristocrática, mutilada y empobrecida por la consanguinidad.

Estos personajes se mueven en un escenario limitado por un jardín, las bóvedas de una catedral y el interior de una casa adosada á los muros de la misma catedral, perfumada por el incienso de sus ceremonias, arrullada por los armoniosos ecos de sus órganos, y estremecida por la vibración de las grandes campanas de sus torres.

La acción se desenvuelve al través de las leyendas del catolicismo de la Edad Media, entre

las salmodias del canto llano de los clérigos, los resplandores de los cirios, el oropel de las casullas, y rebosando una unción y un misticismo comparables á los de los primeros cristianos de las catacumbas de Roma.

El amor para estos personajes únicamente puede ser efluvio celestial, ráfaga de la divina gracia, porque sólo experimentan las alucinaciones extáticas de felicidad angélica y de arrobo místico; y cuando cualquiera de ellos siente las avaricias de la carne, se apresura á hacer el signo de la cruz, porque eso no puede ser sino tentación diabólica, sugestión del espíritu maligno que atormenta á las criaturas si no puede dominarlas.

Y así de esa suerte, desarrollándose en este medio, surge la acción de *Le rêve*, difusa y suave como la luz que penetra en las catedrales al través de los vidrios de colores de sus ventanas, con todas las dulzuras de la leyenda y las aberraciones sensoriales de la alucinación del histerismo.

He aquí el plan armónico del libro y el procedimiento que para su confección ha adoptado Zola. Descendamos ahora á las impresiones que su lectura nos ha producido.

(Concluirá.)

LUIS PARÍS.

CHIFLADURAS

Con este título ha publicado *El Resumen* el siguiente artículo:

«Está visto: la mayoría de las gentes no sabe más que dar en los extremos.

A principios de este siglo casi todas las madres vestían á sus hijos de frailecitos: más adelante los uniformaban de milicianos ó de realistas, según las épocas y el gusto de cada familia.

Después sobrevino el romanticismo; y como no era cosa de vestir las criaturas de trovadores, donceles y pajes, les ponían al nacer nombres novelescos. Los Arturos, Alfredos, Gustavos y Abelardos, las Blancas, Leonores y Eloísa figuraron harto abundantemente en toda una generación.

¿Llamarse Juan? ¡qué vulgaridad!

¿Pepe? ese es el nombre de todos los carboneros. ¿Quién pone á su hija el nombre de Antonia, que llevan tantas almas vulgares? María es demasiado común; pero Adelaida, Aurora y Estrella; qué bonito! y sobre todo; ¡qué extraordinariamente romántico!

Esta manía visible no ha concluído; sólo ha variado de forma, empeorando mucho, hasta andar muy cerca de los últimos límites del ridículo. Esta vez el contagio no ha quedado en la clase media: desde sus gentes más cursis ha pasado á una parte del pueblo, extraviada en este punto lo bastante para olvidar el bien futuro de sus hijos.

Podríamos aducir ejemplos á docenas, pero uno sólo nos bastará por vía de muestra.

Aún no hará cuatro años que hubimos de tratar, no importa con qué objeto, á un zapatero habitante en los barrios altos, que era lo que se llama un excelente hombre, amén de socialista, librepensador, y ya se sabe, masón despierto, ó lo que es lo mismo, asiduo concurrente á las *tenidas* semanales de una logia más ó menos auténtica ó regular, en cuyos libros constaba como buen pagador de cuotas mensuales, aunque, dicho sea sin menoscabo suyo, el pobre no andaba muy bien de recursos.

—¡Hermoso niño éste! —le dijimos, acariciando á uno que amamantaba la *zapatera*, como la llamaban las vecinas: —tiene toda la fisonomía de usted, maestro: ¿se llama también Deogracias?

—¡Ca! no señor; por nada de este mundo le hubiera yo puesto un nombre tan clerical; ¡si pudiera quitármelo! El chico se llama Demófilo Progreso, y ahí donde usted le ve, no está bautizado, no señor; aunque ésta, y las vecinas, y el casero y... pero bueno soy yo, para que nadie se me imponga: ustedes, como periodistas y hombres de nuestro siglo, me comprenderán ¿eh? pero estas gentes sin ilustración... ya se ve, la mujer, siempre la mujer... lo que dice el venerable...

Un parroquiano, interrumpiendo al racionalista de obra prima, nos dió motivo para salir. Ya en la calle, nos atrevimos á decir á la zapatera que había salido acompañándonos mientras zangoloteaba á Demófilo Progreso Borrego de la Iglesia (estos eran sus apellidos, por un sarcasmo de la suerte):

—Mal quiere el maestro á esta criatura, ó no ha reflexionado lo que esos nombres ridículos le harán sufrir algún día.

—Callen ustedes, si el pobre está... de aquí —re-

plió la buena mujer, llevándose el dedo índice á la frente con ademán de imitar el movimiento de una barrena. —Pero no hagan ustedes caso, ni tengan cuidado, que aquí estoy yo y mi familia con algunas amigas, que nos reímos de esas chifladuras.

—Sepan —añadió en voz baja— que el chico es ya cristiano. ¡Pues no faltaba más! Lo ha bautizado el padre Bocos en persona, porque lo habíamos avisado con tiempo.

—¡Hola!

—¡Pues no! Así, como que íbamos á paseo, le llevamos una tarde á la parroquia mi madre, mi tía y su marido, que fueron padrinos, y la tendera, con otras de la vecindad. Allí, delante de nosotros, le echaron el agua, como Dios manda, y le pusieron Pedro Arbués por mí, Deogracias por su padre, Restituto por su padrino, Canuto por su madrina y Pascual Bailón por el santo del día. El alcalde nos ha dicho, con razón, que puede llegar día en que perjudique mucho á un niño el no tener partida de bautismo, porque la Iglesia y los que la respetan son y serán poderosos aún por años de años; y además, un pobre nadie sabe de que puede necesitar mañana, ¿están ustedes? Pero no le digan de esto ni una palabra á Deogracias: sería capaz de pegarme, como ya me amenaza que lo haría si sabe que voy á misa, aunque sea en un rato desocupado. El está por la libertad y no por la religión, ó, como dicen sus amigos, por las religiones...

Muchos meses habían pasado sin que viéramos al librepensador de horma y tirapié, cuando engolfados en una polémica entre amigos, creímos oportuno citarle.

—Ese es Deogracias —exclamó uno de los presentes.

—El mismo —replicamos. —¿Qué es de su vida, si usted sabe algo?

—Sé que continúa cada vez más chiflado. Hace poco su mujer ha tenido una niña, que el buen zapatero quería poner Ruinas de Palmira, Ilustración, República; pero vista la oposición de toda la familia, asustada con la idea de que un día se llamara la chica *doña Ruinas*, le ha puesto en el Registro civil, no sin resistencia por parte de los funcionarios, Estrella Flamígera de la Civilización y Libertad.

—¡Qué bruto!

—Inútilmente le han predicado amigos sensatos diciéndole que esos santones racionalistas se casan por la Iglesia cuando no pueden conseguir de otro medio una mujer que les gusta ó conviene; pero ponen á sus hijos Fernando, Carlos y Pedro y otros nombres del santoral, y comen muy descansados con el fruto de las publicaciones que dirigen ó emborronan.

También fué predicar en desierto decirle que Pepe Nakens se ríe á mandíbula batiente de esas ridiculeces, y dice cuando habla de ellas: «Yo soy el más anticlerical de España, y me llamo José.» No hubo manera de reducirle: envió hace tiempo la indispensable carta de adhesión á su periódico favorito con aquello de: «Yo estaba ciego y no he visto la luz, la verdadera luz, hasta que no he leído su incomparable semanario, etc.», y últimamente ha anunciado al mundo en la misma publicación el acta del Registro civil y los motes que ha puesto á su hija, no sin desliz algunas puntaditas contra el bautismo y la tiranía.

Transcurrió algún tiempo hasta que tuvimos otra vez noticia de nuestro hombre, que á la sazón estaba en la cárcel, porque, según nos contaron, sobrevino acalorada disputa alrededor de una mesa de taberna, en la que varios ilustrados borrachines del barrio discutían sobre si los librepensadores eran más burgueses que los secuaces del compañero Iglesias; y cuando el zapatero oyó que uno de éstos llamaba *cursis*, *filosofastros*, ramplones é hipócritas á los que él suponía que le habían hecho ver la verdadera luz, más furioso que D. Quijote, si le hablaban mal de sus libros de caballería, tiró un vaso á la cabeza del socialista menguado, y... lo de siempre, una marimorena de golpes, intervención de la autoridad y condena de seis meses de cárcel.

Pero como á las doce ó catorce semanas de esto supimos que Deogracias estaba libre, no pudimos resistir al deseo de oírle barbarizar un rato.

El día que fuimos á su casa no se hallaba en ella; pero sí la mujer, que nos refirió del modo más pintoresco la transformación que allí se había verificado, casi un milagro, que, según aseguraba, era obra de la Virgen de la Paloma, ante la cual había hecho voto la infeliz mujer de consagrarle su chico mayor é ir descalza nueve días á misa en su ermita, si indultaban al zapatero por intervención de un parroquiano muy devoto que estaba influyendo, y le tocaba Dios en el corazón, lo que así había sucedido en efecto. Deogracias, al salir de la cárcel, pa-

recía otro hombre. Sus santones de nada le habían servido durante la prisión.

En esto entró el primogénito y... no pudimos contener la risa: Demófilo Progreso Borrego de la Iglesia, ó por otros nombres Deogracias, Pedro Arbués, Restituto, Canuto, Pascual Bailón, Borrego, etc., que ya andaba con soltura, iba vestido con hábito de fraile servita en cumplimiento del voto de su madre; nos saludó y fué á mecer la cuna de Estrella Flamígera, que berreaba como un cañón de órgano destemplado.

Al poco rato entró el zapatero, que volvía de entregar; nos dió la mano, habló como persona de juicio, y al ver que su hijo movía con demasiada presteza la cuna, le llamó con vehemencia por su nombre; pero ¡ay! no le llamó Demófilo, sino Deogracias, á tiempo que pasaba por allí un vecino de los sensatos, y al oírlo, dijo en voz apenas perceptible: ¡Deogracias! que como todo el mundo sabe, quiere decir gracias, á Dios sean dadas.

SEVERO FRANCO.

CONTESTACIÓN

Sr. D. Severo Franco:

Muy señor mío y de toda mi consideración:

En su donoso artículo *Chifladuras* afirma usted que yo me río á mandíbula batiente de la ridiculez de poner nombres extramísticos á los chicos, y que suelo decir al hablar de eso: *Yo soy el más anticlerical de España, y me llamo José.*

Ambas cosas son verdad, y muchas veces he combatido la primera en las columnas de *El Motín*, por estar convencido de que no hay idea que prevalezca, por justa que sea, si no se procura cuidadosamente preservarla del ridículo; pero á fin de que algún necio no vaya á interpretar esto como los de su profesión interpretan todo, voy á dar algunas explicaciones.

Cada vez que algún correligionario en impiedad me ha consultado acerca de este punto, le he dicho próximamente: «Lo de menos es el nombre: lo verdaderamente importante es no poner al recién nacido bajo las garras de la Iglesia. No lleve usted á bautizar á su hijo, é inscribalo en el Registro civil con cualquier nombre usual.»

Esto no siempre suena bien al que lo oye, porque otra propaganda, sublimemente aparatosa, ha hecho creer al vulgo que el hábito hace al monje; mas no por esto dejaré de considerar baladí esta cuestión.

Y al decir baladí, creo haber pecado de ligero, porque opino con usted que no puede ser baladí para la inocente criatura á quien le ponen, por ejemplo, *Progreso Laico de la Civilización* el ver que su nombre despierta sonrisas burlonas en todo aquel que por primera vez lo escucha; aparte de que estos nombres y sus similares dan pretexto á los jueces para negar la inscripción, y la inscripción es lo que interesa.

Recuerdo que hará unos cuatro años, cuando más en auge estaba esa escuela declamatoria, me escribió un ciudadano de León, indignado porque el juez municipal se negaba rotundamente á inscribir á un hijo suyo con el simpático nombre de *Nitroglicerina*.

A tal extremo conducen las intransigencias sectarias ó el prurito de convertirse en San Pablos de la impiedad... relativa. Y digo relativa, porque acostumbra los de la secta á usar y abusar del nombre de Cristo cuando les conviene vestir de talco sus lueubraciones, mientras que á mí, modesto impío, se me da tanto de Cristo, como de Mahoma, como de Budha, como de todas las que encarnan ideas religiosas.

Aclarados estos puntos, queda de usted afectísimo atento servidor

q. b. s. m.
JOSÉ NAKENS.

LA FE Y EL ESTÓMAGO

No afirmaré que la fe radica en el estómago, aunque estoy tentado á creerlo al ver las manifestaciones que de la suya dan continuamente las personas de arraigados sentimientos religiosos; pero de lo que no me cabe duda es de que la fe adquiere fortaleza á expensas del estómago, y de que encierra una verdad innegable aquel refrán católico que dice: «Panza llena á Dios alaba.»

Desde el cura de Tirso, que sólo después de comer lo llamaba bueno, hasta el cofrade que, confortado por el cabrito y el jarro, da entusiasmas vivas al santo de su devoción, todo católico une las expansiones del fervor á la satisfacción del apetito.

Trátase, por ejemplo, como ahora sucede, de celebrar el nacimiento de Jesús; el recuerdo del misterio sublime embarga el ánimo y conmueve el corazón del creyente; pues la fe no se limita á entonar villancicos y tocar rabeles y zambombas, sino que precisa llenar de besugo y pavo, y de turrón y vino los estómagos para no aparecer débil ó tibia.

Luego, cuando se conmemore el drama del Calvario, también el estómago tomará parte principalísima en las manifestaciones de la fe, y después de prepararse con el aperitivo de las vigiliás y el ayuno, se llenará de cordero para festejar la resurrección del ídem.

Así es que para saber si se celebra una festividad religiosa, no hay necesidad de ver si acude á los templos gran número de fieles; basta con observar lo que sucede en las cocinas.

Podía en otro tiempo ser la demacración señal evidente de una vida piadosa y de una fe profunda por lo tanto; pero hoy, por el contrario, el redondo abdomen y los colorados mofletes son el distintivo de los verdaderos creyentes.

Recórrase si no esas comarcas donde las ideas modernas han matado la fe, y sólo se hallará, en campos y talleres, cuerpos extenuados, semblantes macilentos, vivientes esqueletos de hombres, mujeres y niños; pero en cambio pénese en los conventos donde se conserva vivo el fuego de la fe, y se verán abultadas panzas, rollizas piernas y cerviguillos colosales.

Por eso, cuando veo á uno de esos ministros del Señor, con más libras que un toro de Veraguas, exclamo conmovido: ¡Ahí va un verdadero creyente!; y al ver al obrero extenuado, me parece estar contemplando la imagen de la impiedad; y cuando llega una festividad religiosa, juzgo así la fe de las gentes:

«Díme cuánto comes y te diré cuánto crees.»

JUAN VALLEJO.

TEATROS

Martín

El jueves por la tarde ya no había billetes en el despacho ni en poder de los vendedores, augustos intermediarios de la empresa, que en estos tiempos que corren ejercen su lucrativa industria á despecho del señor gobernador y en contra de los bolsillos de los pacíficos ciudadanos que tienen la malaventurada idea de tomar una hora de teatro.

La obra anunciada para estrenarse por la noche tiene por título *Oro, plata, cobre... y nada*. A mí me pareció admirablemente denominada aquella zarzuelita simbólico-bailable, semi-seria, semi-bufa, semi-romántica, semi-trágica, semi-tonta y semi-fusa.

¿Se acuerdan ustedes de *Sueños de oro*, con sus tres genios disfrazados, su apoteosis de la virtud y sus consejos filosóficos? Bueno; pues eso es *Oro, plata, cobre... y nada*, con la diferencia de que *Sueños de oro* tenía bonita música y mucha gracia.

El teatro estaba lleno absolutamente, y todo el público que le ocupaba poseído del más grande de los entusiasmos, hasta el punto de repetirse dos ó tres veces los números de música y las tiradas de versos sentimentales que declama lúgubremente un actor vestido (!) de cobre.

El éxito, pues, fué colosal, enloquecedor y delirante. De menos nos hizo Dios, y no he de ser yo quien trate de oscurecer los fulgores de su gloria. Si al público le ha entusiasmado todo aquello, peor para él; aunque me sospecho que no gustará tanto cuando se puedan tomar billetes en el despacho para verlo.

Antes de que se pronunciara el nombre de los autores, no podía imaginarme de quién sería la letra; y en cuanto á la música, creí que era una recopilación de piecitas diversas de Lecoq, Offenbach, Barbieri y Caballero; pero

cuando el público, estremecido por el entusiasmo, llamó á los autores, comprendí que me había equivocado atribuyendo la música á tan distintas procedencias, siendo así que era *original* del maestro Angel Rubio; y en cuanto á la letra, comprendí también que no podía ser sino del autor de *La Gran Vía*, de D. Felipe Pérez. Si antes no pensé en él fué porque creía honradamente que los disparates se hacen solamente una vez en la vida.

La ejecución, al nivel del entusiasmo del público, es decir, inmejorable por parte de aquellos señores y señoras. Las señoritas Segovia y Campos bailan de un modo capaz de provocar la envidia de aquellas alumnas de la Academia de baile que se fundó hace tres años en el teatro Real, bajo los auspicios de *La Correspondencia de España* y del cuerpo de Orden público. Es una lástima que la empresa del Real haya suprimido aquella enseñanza; si no, allí podían ir á bailar estas estimables actrices del teatro Martín. Bailando lo hacen mal; pero lo que es cantando y declamando, lo hacen peor.

De todas suertes, ¡qué sea enhorabuena!; ya tiene la empresa un pretexto para activar la reventa de billetes, y ya tienen un nuevo émulo las zarzuelas de moral fantástica creadas por Sinisio Delgado con su *Lucifer*.

Por mi parte, confieso que ni me gusta eso ni lo otro, es decir, que me aburren los tangos y las patafias, y me distraen muy poco los vales brillantes cantados por la Virtud ó por la Fortuna, vestidas de suripantas.

¡Ah! se me olvidaba decir que la *mise en scene* era espléndida, digna de los bailes fantásticos del «Infantil Club.»

Zarzuela

La Exposición Universal es una revista de Pina Domínguez, con música de Chapí, que, según nos han dicho los periódicos, ha gustado mucho al público de Barcelona.

La empresa del teatro de la Zarzuela la había anunciado como la primera de las novedades que tenía preparadas, y después de haberla visto es preciso reconocer que los catalanes han llevado su cortesía, con todos los productos que allí se han expuesto, hasta un grado heroico.

Pina Domínguez, que ha ganado fama de arreglador inaudito, no ha estado muy feliz en la confección de esa revista; y si los catalanes la han aplaudido por galantería, se habrán formado una idea muy lastimosa de nuestros gustos peculiares.

Y digo esto, porque anteanoche en el teatro de Jovellanos había mucha gente tan buena, que sostuvo una batalla contra el público imparcial que protestaba de todo aquello tan lánguido, tan lastimoso y tan inocentón.

Bueno que haya claqué, bueno que la claqué aplauda; pero que amenace al público que paga con la imposición de la fuerza bruta, eso ya no sólo no me parece bien, sino que me parece muy peligroso. Hace muy mal el señor Noriega en consentir esas ingerencias soccos de los alabarderos.

En cuanto al Sr. Chapí, es muy doloroso verle en ese camino. ¡Qué lástima da considerar que llevan la misma firma la *Fantasia morisca* y el coro del bombo de la *Exposición Universal*! Ya sé yo que con estas musiquillas se ganan las prosaicas, pero indispensables legumbres de Fuentesauco; pero, francamente, si es eso todo lo que Chapí ha recogido de su reciente viaje al teatro de Wagner, vive Dios que se ha lucido.

Además, el Sr. Chapí no debe sentarse en el sillón de director de orquesta para imponer su música, sino para llevarla bien; debe limitarse á mover su batuta y á repetir cuando el público se lo pida.

Esas cosas, de mal gusto siempre, son tolerables cuando se trata de la novena sinfonía de Beethoven, pero son muy inmodestas cuando se ejecuta música como la de antes de anoche, cuya partitura no constituirá nunca timbre de gloria para su autor.

En resumen: la *Exposición universal* sirve pa-

Ayuntamiento de Madrid

la función de pascuas, da pretexto para la exhibición de unas cuantas decoraciones pañoscas, y... nada más.

LUIS PARIS

SONETO

—Aseguran que fué republicano.
—También lo han sido Martos y Montero.
—Cuentan que es indomable y altanero.
—Dócil le halló Sagasta y cortesano.
—Que el porvenir de España está en su mano.
—Pues está en buenas manos el pandero.
—Que causa espanto si amenaza fiero.
—Lo propio de la venta hizo el enano.
—Dicen que aspira al pedestal, vacío,
que á un general patriota y ambicioso
ofrece la política española.
—Pero no muestra decisión ni brío,
y, en lugar de reformas, hace el oso
al dárselas de Prim, siendo Cassola.

GENTE NUEVA

Con este título pondremos á la venta en toda esta semana la obra de crítica inductiva de Luis Paris, encargado desde hace días de juzgar las obras literarias y teatrales en EL MOTIN.

En ella se analizan las personalidades y los trabajos de Pompeyo Gener, Bonafoux, Rosario de Acuña, Nakens, Cavia, Degetau, Sawa, Fernández Shaw, Zahonero, Urrecha, Paso, Dicenta, Amorós, Ferrarí, López Bago, Altamira, Verdes Montenegro y Ortega Morejón.

Precio de la obra: dos pesetas.
Los suscriptores á EL MOTIN la recibirán con el 40 por 100 de rebaja.

OBRAS NUEVAS

LOS SERMONES DE MI CURA

(SÁTIRAS DEDICADAS Á LOS SEÑORES PÁRROCOS)

POR

AUGUSTO ROUSSEL, DE MERY

Un tomo: 2 pesetas.

EL CONVENTO DE GOMORRA

POR

SANTIAGO SOUFFRANCE

Precio: 3,50 pesetas.

LA IGLESIA Y LA MORAL

POR

DOM JACOBUS

Dos tomos: cinco pesetas.

Los suscriptores directos á EL MOTIN, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el *cuarenta por ciento* de rebaja, francas de porte. *Pago adelantado.*

BIBLIOTECA DE EL MOTIN

EL JUDÍO ERRANTE. Célebre obra de Eugenio Suá. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

MORAL JESUITICA. ó sea *Controversias del Santo Sacramento del Matrimonio*, por Tomás Sánchez (*El Cordobés*), de la Compañía de Jesús.—Cinco pesetas.

ACICATE DE LA ALEGRÍA. Colección de cuentos, epigramas y frases ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

LA RELIGIÓN NATURAL, por el cura Juan Meslier.—Dos pesetas.

LA SIMA DE IGUZZIQUA. Idem, id., por Alejandro Sawa.—Una peseta.

LA SERPIENTE NEGRA. Idem, id., por Gabriel Merino.—Una peseta.

CRIADERO DE CURAS. Idem, id., por Alejandro Sawa.—Una peseta.

DOS CURAS Á CUAL PEOR. Novela anticlerical, basada en un proceso célebre.—Una peseta.

LO QUE NO DEBE DECIRSE. (Quinta edición), por José Nakens.—Dos pesetas.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MEGALOMANÍAS. Obra festiva con trece buenos cromos.—Una peseta.

LO QUE SON LOS CURAS, por el cura Juan Meslier.—Dos pesetas.

LA REPÚBLICA. Hermosa lámina al cromo en diez colores, propia para colocarla en Casinos, Comités y Despachos. Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho.—Tres pesetas.

RETRATO DE D. MANUEL RUIZ ZORRILLA. Magnífico cromo, de exacto parecido, en doce colores, midiendo la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho.—Tres pesetas.

LA RELIGIÓN AL ALCANCE DE TODOS, por D. R. H. de Ibarreta.—Décima edición.—Dos pesetas.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.